Museo de Arte Visigodo en Mérida

Mérida es una ciudad cuya herencia constituye uno de sus valores fundamentales. Su rica historia le dota de contenido allá donde se mire, y el respeto por el pasado, en el marco de propuestas de futuro, debe hacerse notar. Sin embargo, el estudio de la historia suele estar sesgado, y bajo esta óptica se entiende que en Mérida sea imposible que la huella romana pase inadvertida, pero no es esta la única herencia digna de conservar. Este proyecto pretende incorporar dentro del recorrido arquitectónico romano un Museo de Arte Visigodo que sea capaz de preservar el legado de la historia, pero desde un punto de vista de suma de las partes, para componer una visión única pero heterogénea de lo que fue, es y será Mérida. Este proyecto es especialmente destacable por tres cuestiones: la integración con el entorno, la viabilidad del programa, y por último su sinceridad conceptual.

Si hay que buscar una característica principal de este proyecto es la integración. Y lo es en el sentido más amplio, pues se trata de la seña de identidad del mismo. Las diferentes realidades que se superponen en la ciudad tienen su representación en el mismo emplazamiento. Se trata de herencia, pero también de presente y de futuro. Es evidente que no se puede aspirar a la unión absoluta entre todos los niveles de contenido, pero el proyecto sí aspira a reconocer el paso del tiempo y las huellas dejadas en su transcurso, pero desde una posición de testimonio, reflexión y propuesta. La integración se produce en diferentes niveles, desde el plano conceptual, a la identidad estética, pasando por el recorrido, cada parte del proyecto permite desplazarse casi con uniformidad, sin sobresaltos.

Este proyecto no pretende generar nuevas demandas, ni propone soluciones a problemas no identificados. Su programa responde con sencillez y verosimilitud a los requisitos planteados. Su viabilidad no se defiende a base de derivadas de hipótesis, sino que en su franqueza radica su éxito. No se busca el artificio ni la generación de falsas expectativas, la propuesta es sencilla, directa, y en cierto modo elegante. Se define un espacio para muestra permanente, un área de cafetería, un espacio multifuncional y finalmente se reserva espacio de trabajo para los investigadores del centro. El recorrido es sencillo, y para la mayoría de los visitantes no implica tener que subir ni bajar niveles, lo que facilita su tránsito y la concepción del museo como una continuación de la calle y de las ruinas, o lo que es lo mismo, del hoy y del ayer.

Como ya se apuntaba anteriormente, el concepto del proyecto es sencillo, una pastilla, un bloque único. Su definición estructural, que convierte al conjunto en una gran viga Vierendeel de 5 metros de canto constata este hecho, la masa estructural de la pieza horizontal contrasta con la ligereza de la pasarela, pero en ambos casos la estructura no se oculta, al contrario. Esta identidad se materializa especialmente en el voladizo sobre el Conjunto Monumental, que le permite no sólo generar un balcón privilegiado, sino que pone de manifiesto la honestidad de la propuesta estructural, con toda la estructura y las uniones vistas. Esta sinceridad es precisamente la que permite a un elemento necesariamente ajeno al entorno como es este museo no destacar como un añadido, sino que se integra definitivamente en la propuesta del Conjunto Monumental.

A modo de conclusión, este proyecto se centra en hacer una propuesta de fondo, con carácter propio, pero centrada en la honestidad. El museo no pretende confundir ni persuadir, no engaña sobre su presencia ni su propósito, y es precisamente ese enfoque directo el que le permite integrar las diferentes sensibilidades que intervienen en Mérida y su Conjunto Monumental.